

LA VIDA EN SAN SEBASTIAN

DEL MOMENTO

EL CALVARIO MODERNO

Días de evocación son los actuales. Las gentes, impulsadas por el fervor anejo a las cosas sagradas, rinden en estos días de la llamada semana de pasión un culto que parece sincero a esa religión, impregnada en pesimismo, que consiste en evocar los hechos que precedieron y envolvieron a la vida del que trajo al mundo la misión altísima de salvar para siempre a todos sus moradores.

La costumbre secular ha arraigado fuertemente por todos los ámbitos de la tierra. No es de las menos enraizadas nuestra patria. Por algo goza ésta de fama universal en su calidad de hija bienamada de la Iglesia. Natural es, pues, que los católicos hijos de la muy católica España pongan todo su esfuerzo en aparecer a los ojos de la Cristiandad toda como beneméritos, campeones, defensores y propagadores de la fe, del género de fe extendida por el mundo.

Bien está todo ello. Alabemos la sinceridad, en dondequiera que se halle. Nada más digno del respeto que la sinceridad. Por ella irán desvaneciéndose muchos errores. Los ímpetus pasionales creados por la diversidad de pareceres y de opiniones sustentados por los hombres, irán cediendo terreno a la razón a medida que unos y otros vayamos reconociendo que nuestros semejantes son muy dignos de nuestra consideración por el mero hecho de serlo. Además, pende inexorablemente sobre todos nosotros el imperativo categórico de la propia conciencia, que nos manda, ante todas las cosas de la vida, el más rígido respeto, como cosa eminentemente sagrada que es, a la conciencia ajena. Esta es la más justa, la más irrefragable correspondencia intersocial. Sin ella es imposible la vida humana. Esta no puede ser regulada más que por el código interno de la conciencia individual, que nos mueve, que nos debe mover al establecimiento de una cordial tolerancia para la más serena realización de los fines inherentes a la sociabilidad. Tolerancia, tolerancia, tolerancia... Este humano imperativo debe ser el guaiador consciente de todos los seres libres. Porque sin él carece de efectividad nuestra vida. Trátese de una colectividad de irracionales más bien que de una congregación de seres pensantes. Consiguientemente, la vida no merecería la pena de ser vivida. Y se acabaría la era de los sublimes sacrificios individuales, que tan alto ponen el nombre de la humana especie, no obstante los frecuentes casos de absurda reversión a la animalidad.

Seamos, pues, tolerantes. Respetemos todas las ideas, mismamente que nos esforzamos en el sentido de que a las nuestras acompañe idéntica consideración. Y contra más alejadas se hallen las ideas, e mayor respeto se solicite de nosotras, de aquellas que en nuestra mente y en nuestro corazón anidan, mayor ha de ser la muestra de consideración que de nuestra alma salgá. No por egoísmo, no por el fin práctico de hallar una más prolongada equivalencia, sino por el mero hecho de dar mayor expansión al desbordamiento de nuestra conciencia. Si una justa reciprocidad es la consecuencia de nuestra acción noble, encantados de haberla provocado. Si, por el contrario, no halla nuestro rasgo una franca equivalencia, no nos importa: siempre habremos de hallar el condigno pago en lo profundo de nuestra conciencia. Y bien sabido es que, para un alma noble, los gozes de la propia conciencia no tienen, no pueden hallar par entre los que fuera de ella circulan. La santa tolerancia: he ahí, para los enamorados del ideal, el amor por excelencia, el amor de los amores. Y para ese amor ha de ser el cantar de nuestros cantares.

Semana de pasión cristiana. Bien está que os acordéis de Cristo. Unos lo hacéis perennemente. Otros, los más acoerados, a la inconsciencia ó a la rutina, lo hacéis una vez por año. Eso acontece, para los últimos, cuando llegan estos días comenzados por la tradición para rememorar las andanzas terrenas de aquel á quien los libros sagrados atribuyen la más grande, la más gloriosa de las misiones interhumanas. Está bien que evocáis aquella pasión lejana. Pero lo que no está bien, ni mucho menos, es que, al calor de aquella

evocación, mejor dicho, escuchándoos capciosamente en ella, deis completamente de lado á otra pasión más próxima, á una pasión que os está rozando á vosotros mismos y que, no obstante esa proximidad, nos dáis la sensación de que os gozáis con su esquivamiento.

Es la pasión de la miseria universal: la pasión que ciega y enloquece á los famélicos de todas las razas y de todos los sexos; la pasión que atormenta, no durante seis días, sino constantemente, sin espera, sin solución de continuidad, á todas horas, en todos los momentos de su trágica existencia, á la turbanulta sin fin que rastrea su miseria moral y física por el mundo entero; la pasión que acoge a los millones y millones de seres que, aun cuando la petición clamorosa la hacen en el sentido de la adquisición de su alimento diario, quieren hacer comprender á los poderosos que no es sólo el hambre corporal el que les atormenta, sino que es también la falta de justicia social lo que quieren hacer señalar cuando, al parecer, únicamente lanzan sus quejidos en súplica de alimento para los estómagos agrietados por el dolor y las privaciones. Esta es la pasión próxima. Este es el interminable calvario á recorrer por la millonada de miserables.

A buen seguro que Jesús había de ser condescendiente si su intercesión se solicitara. Su inmensa justicia se apresuraría á ceder una parte, si no toda ella, de la fervorosa pleitesia evocadora que la Cristiandad le dedica en esta secular ofrenda anual. ¿No lo creéis así, cristianos de buena fe? ¿No es cierto que si vosotros gustarais de confesar á vuestro Cristo la existencia de esta pasión horrible que de tejas abajo padecen millones y millones de semejantes vuestros que no han cometido delito alguno, os conminaría con el envío de severas penas si no accediáis á su mandato de restar un poco de vuestro anual fervor cristiano, para rendirlo, llenos de amor y de confraternidad, á los aborrojados de par vida por la absurda pasión terrena?

Cristianos: ¿cuándo vais á serlo en grado tal que ante la mera evocación del nombre augusto os sintáis con el desprendimiento preciso para impedir que continúe, con el matiz de perennidad que la carencia de alma le asigna, el horrible calvario humano? ¿Para cuándo las enseñanzas de Jesús?

Juan de EASO.

Los pueblos aislados

El anterior ministro de Hacienda nos lo dijo en su decreto sobre subvención á caminos vecinales, publicado recientemente: Hay en España tres mil Municipios esperando ver satisfechos sus deseos de salir del aislamiento en que se encuentran para unirse á otros más favorecidos por el apoyo oficial. ó por la fortuna; tres mil agrupaciones locales que aspiran á tener comunicación con el resto del país.

Aquel número representa la tercera parte de los Ayuntamientos españoles, que son unos nueve mil, lo que quiere decir que la tercera parte, por lo menos, del territorio nacional carece de buenas comunicaciones entre sí, sin puentes, ni carreteras para tránsito rodado, contando únicamente con caminos de herradura y con vados para cruzar los barancos y corrientes de agua que los videntes encuentran á su paso.

¿Cómo en estas condiciones podrá fomentarse la riqueza de aquellos pueblos huérfanos de vías de comunicación regulares que los aproximan entre sí? ¿Cómo exportar sus productos, cómo llevar á ellos los que de otras comarcas necesitan, estableciendo un intercambio remunerador para quien produce y trabaja? Y si esto es en lo referente á carreteras y puentes, ¿qué no será en vías férreas, cuando en general tan carentes están de ellas hasta importantísimas poblaciones del riñón del país, ricas en cereales y en caldos de castiza producción española?

Es preciso que cuanto antes desaparezca ese estado de cosas, que constituye una vergüenza nacional y nos coloca al nivel de los pueblos más pobres y atrasados de Europa. El porvenir de España exige una intensa explotación de sus productos naturales y de los que pueden obtenerse por la industria y trabajo del hombre: las minas, la agricultura y la ganadería deben rendir el máximo posible, y estos rendimientos, cubiertas que sean las necesidades interiores del país, llevarlos fuera á alimentar y

desarrollar también intensamente la corriente mercantil, concurriendo á los mercados mundiales donde compitan con los mejores de otros pueblos.

Para esto, que es indispensable para que nuestra patria se vea en prosperidad y riqueza, es de todo punto necesario que se abra muchas vías de comunicación, al extremo de que ni el más apartado rincón del terruño español deje de estar unido por vías secundarias á los grandes y principales, ya carreteras ya férreas, que hagan fácil el comercio de cosas y de ideas entre las diversas partes del todo que constituye la nación.

Para alcanzar ese fin no deben regatearse sacrificios de ninguna clase, pues éstos son siempre remuneradores. Más de cien millones dedaba el anterior ministro de Fomento para subvenciones y anticipos á carreteras y puentes; aunque esa cantidad se doblase, si lo permitiera el erario público, aún no sería suficiente para redimir á esos tres mil Municipios españoles del aislamiento en que se encuentran.

DE LONDRES

LA DERROTA ALEMANA

Es común entre los germanófilos no admitir la derrota de Alemania á causa de la fuerza militar de los aliados, sino por debilidad interna de una parte de Alemania. Distingamos. Esta debilidad no lo es en relación á la fuerza exterior, al enemigo de Alemania, sino en relación á la fuerza de la propia Alemania. Es lo mismo que suelen decir algunos germanófilos: «Si no hubiera estallado la revolución» La debilidad de Alemania ha sido producida, según ese modo de ver, por los propios alemanes. sea por el partido socialista. Ilusión!

De esa ilusión participa Guillermo II. Su alteza, hoy caída, ha recibido en su retiro de Holanda á un periodista inglés, y le ha dicho que la derrota de Alemania se debe á la obra nefasta de la democracia social alemana. Sin esto, Alemania hubiera salido triunfante en toda la línea. Aún hay más. La guerra mundial es obra de la francmasonería. ¿Cabe nada más absurdo? Me inclino á creer que el periodista inglés ha cometido un error de interpretación, y que ha querido decir que la derrota de Alemania es obra de la francmasonería. Si no ha dicho eso el ex kaiser—y eso se desprende del texto de la intervintu—es porque padece una evidente ofuscación común en los conservadores que, á fuerza de creer malos á los hombres, y más malos aún á los extranjeros, acaban por atribuir á los demás lá causa de los males que ellos mismos atraen contra sí.

Cualquiera que conozca un poco el espíritu de la masonería sabe que ésta no puede trabajar sino por un concepto del bien opuesto al del ex kaiser, y que si hay que atribuirle una influencia no puede ser otra que en favor de la paz y del triunfo de lo más justo en la guerra. Y lo justo era la causa de los aliados. Sería, pues, inteligente haber dicho que la masonería ha laborado por la derrota de Alemania, encarnación de una tendencia despótica y antihumanitaria. Pero, distingos aparte, siempre resultará una cosa, que el ex kaiser y su Estado Mayor y sus apóstoles pangermanistas han olvidado algo esencial al preparar la guerra: el espíritu, la idea de justicia. Y el espíritu ha derrotado á la formidable organización militarista tedesca. El error, por tanto, de Alemania es evidente. Después de tantos cañones, ametralladoras, explosivos que parecen invención del infierno, submarinos; después de su desprecio de la muerte, los alemanes se han encontrado con una cosa imponderable, que no tiene cuerpo como un cañón del 42: la idea de justicia que une á la Humanidad contra ellos.

Este ha sido el error de los alemanes y sigue siendo el del ex kaiser, á juzgar por sus declaraciones. Todavía llama intrigas de los socialistas á la falta de convicción guerrera; á la rebeldía de éstos; á su acensibilidad universal, y todavía se empeña en creer que los enemigos misteriosos de su pueblo desencadenaron la guerra; pero sin que ello sea obstáculo para creer en la victoria de no haber mediado la intriga socialista. ¡No es pequeña equivocación, sin embargo, el desprecio de ese enemigo interior, el socialismo, que en la hora suprema, con una sutilidad diabólica, introduce el caos en la máquina guerrera de Alemania! Resulta de esto que todos los ardientes colaboradores de los obra pangermanista habían previsto los más ínfimos detalles, menos uno; el espíritu de la democracia social, el fin, esencia popular. Y quizá no lo habían previsto, porque dando en su concepción de dominio universal importancia suprema á la materia, no veían el espíritu. Es decir, la fuerza que éste, en determinados momentos, puede desplegar en favor de esa causa. Achaque es éste, como decía antes, común á los conservadores de todo el mundo, pero sobremanera arraigado en los de España. Por eso sus victorias se deshacen en derrotas de la noche á la mañana, cuando más firme y más extenso les parece el terreno ganado. Entonces, éste se hunde bajo sus pies.

La explicación de la derrota por el ex kaiser es, por lo demás, una explicación tardía. Ni por casualidad han figurado los motivos que ahora alega, en sus arengas guerreras.

Juan GUIKE.

Abril de 1919.

A los saldos de París

Se han recibido modelos de trajes, blusas, gabardinas, puntos, seda y lana. Sombreros, paraísos, capris, flores, fantasías, puntillas de mala, etc.

13, LOYOLA, 13

Modelistas

hacen falta en los ateneos de Pasajes de San Juan.

PANTHER

Lo verá usted el Sábado de Gloria en el Salón Miramar.

CARBONES

Depósito de la FABRICA DE HIERRO, en la calle de la Autonomía. Horas de despacho: de 8 á 12 y de 2 á 6. Especialidad en cribados para vapores pesqueros y galleta superior para cocinas.

Doctor V. Loidi

OCULISTA

Consulta de diez á una y de tres á cinco BUEN TERRABIA, 4, 2.

Curación de las hernias

Herniados, quebrados, leed

Llegará á esta ciudad, hospedándose en el HOTEL ROMA, donde permanecerá solamente el martes, día 22 de Abril, el reputado ortopedista de Barcelona don FRANCISCO G. TORRENT autor de los acreditados Bragueros Mecánico Regulado Articulado que tantas curaciones de hernias ha realizado y de los cuales hacen constantemente recomendación los eminentes médicos, convencidos de que real y positivamente aventajan en mucho á todos los demás sistemas conocidos.

Está plenamente demostrado que el quebrado que no se cura con tan maravillosos bragueros no se cura con ningún otro, pues nadie, absolutamente nadie, puede ofrecer mejores garantías que el conocido especialista FRANCISCO G. TORRENT, de Barcelona. Los bragueros del especialista TORRENT no molestan ni hacen bulto, quedando amoldados como un guante, pudiendo hacer el paciente libremente todos los movimientos sin sentir estorbo ni sufrimiento de ningunas clases y sin temor á que el aparato se mueva para nada, pues permanece siempre fijo sobre la parte herniada hasta su completa curación.

Téngase presente que el ortopedico don FRANCISCO G. TORRENT atenderá en SAN SEBASTIAN, únicamente el martes, día 22 de Abril, en el Hotel Roma. En BILBAO, el día 21 de Abril, en el Hotel Vizcaya. En PAMPLONA, el día 23 de Abril, en el Hotel La Perla. En BARCELONA, calle de Barbarrá, número 38.